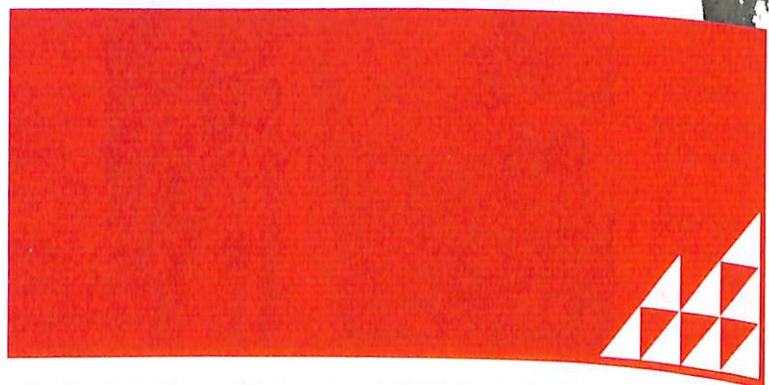


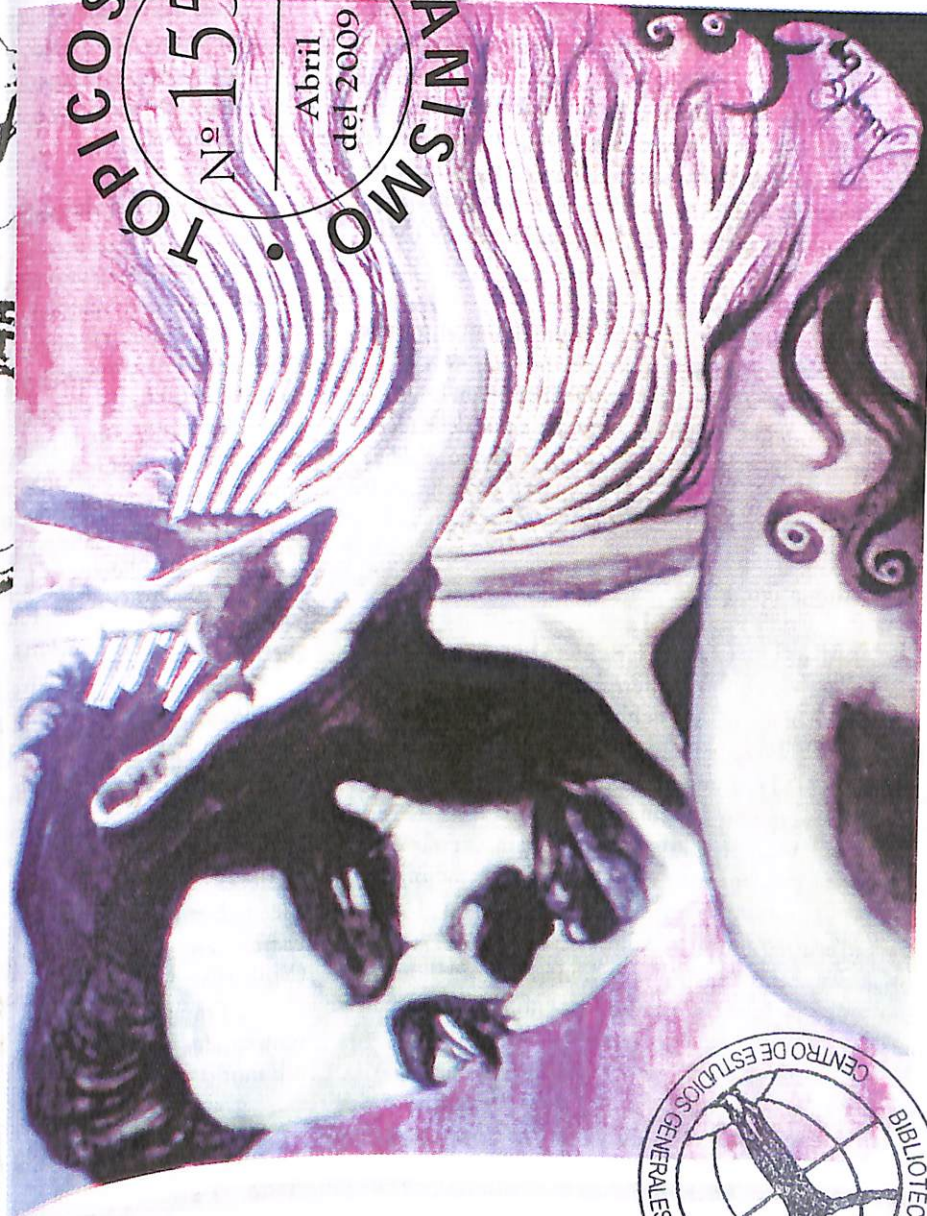
UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA



ISSN: 1659-0872

UNA UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

TOPICOS DEL HUMANISMO
Nº 155
Abril
del 2009



La filosofía hoy: el caso de un aporte módico pero imprescindible



Carlos Molina Jiménez

¿Qué significa filosofar hoy? Antes de presentar algunas reflexiones sobre este particular, primero quiero referirme a lo que, a estas alturas, no es posible pretender:

- La filosofía no es ya, obviamente, la suma de todos los conocimientos obtenidos mediante el uso de los sentidos y la razón.
- Tampoco es el saber que suministra un conjunto de verdades eternas que ha de servir de guía o marco permanente a la acción humana.
- Ni la explicación racional de la revelación divina, especialmente formulada para la edificación de infieles y escépticos.
- Ni la instancia epistemológica que establece el método que han de seguir las ciencias particulares.
- Ni el saber que libera de prejuicios y emancipa de jerarquías sociales y poderes políticos ominosos.
- Tampoco puede reivindicar el derecho a la profecía, otorgándose la atribución de prescribir soluciones definitivas a la aventura humana y anunciar finales felices.
- Ni puede, por último, plantearse como el discurso totalizador que fundamenta y justifica los saberes y prácticas humanos.

Ninguna de estas pretensiones, que en diversos momentos históricos ha adoptado la filosofía, resulta hoy sostenible. Sencillamente ella no posee las herramientas teóricas y metodológicas para cumplir con semejantes cometidos. Hoy la filosofía no puede reclamar ningún privilegio cognoscitivo, ninguna intuición intelectual o vivencia existencial que la faculte para ascender a un nivel epistemológico superior. Ella se mueve en el mismo plano en que lo hacen las ciencias particulares, las técnicas, el sentido común y el saber ordinario, subproducto de la experiencia vital.

Los instrumentos cognoscitivos de que dispone el filósofo son los mismos de que dispone todo el género humano: los órganos sensoriales, los sistemas de signos que sirven para generar y retener información, la asociación imaginativa de significaciones, la inferencia lógica y, sobre todo, el acceso al gigantesco archivo de elaboraciones simbólicas que el ser humano ha producido, en los más diversos campos, desde la más remota prehistoria.

¿Cuál es entonces la especificidad de la filosofía hoy?, ¿qué la distingue de los restantes saberes y prácticas? A mi modo de ver, dos notas interrelacionadas.

1. Que la filosofía se interesa más por *pensar* los conceptos que por utilizarlos para producir conocimientos o procedimientos técnicos. El diseño interior del concepto, su intencionalidad, sus presupuestos, sus zonas de sombra y claridad, sus compromisos extratextuales; he aquí los puntos que la filosofía pone de relieve. Se trata de las determinaciones que establecen la orientación del concepto, su forma selectiva de confrontarse con la realidad.
2. Que la filosofía desprende a los conceptos de sus esferas habituales de incumbencia. En efecto, más que ocuparse de ellos en su contexto propio, en su uso presente, los remite a su pasado y a contextos teóricos o prácticos a los que parecen resultar ajenos. En tales espacios surgen implicaciones pertinentes pero perturbadoras de su sentido; las cuales muestran aspectos olvidados, ocultos o simplemente desatendidos de su halo significativo. A la luz de estos aspectos, cabe cuestionar y replantear la actual forma de entender y emplear los conceptos en cuestión. Esta es una forma típicamente filosófica de coadyuvar al remozamiento del saber: no por la inclusión de nuevos datos, al estilo de las ciencias empíricas, sino por la reconfiguración de los instrumentos conceptuales de la cognición.

Para ejercer su oficio, así caracterizado, ¿con qué debe contar el filósofo? Idealmente hablando, con una vasta erudición, una intensa curiosidad intelectual, un buen fogueo en las técnicas de búsqueda de información, capacidad de abstracción y también de concreción, un excelente manejo de al menos un idioma, empatía con los demás seres humanos, rigor lógico e imaginación creadora. Además, ha de ser un tanto iconoclasta y tener una buena dosis de ironía, enderezada sobre todo contra sí mismo, para apartar la tentación

de tomarse demasiado en serio.

Ahora bien, con estas orientaciones y este equipaje, ¿qué tareas puede desempeñar competentemente el filósofo? Ante todo le corresponde *combatir las rutinas mentales* que hacen que nuestras elaboraciones conceptuales, nuestras formas de procesar la información, estén dominadas por los *pensamientos ya pensados*, por las creencias consagradas, respaldadas por las costumbres, los prestigios, las opiniones prevalecientes, las formaciones de poder, la institucionalidad...

A todo este poderoso bloque, ¿qué se puede oponer? Sólo la voluntad de pensar y repensar y la aptitud para hacerlo, la siembra de la duda en los demás, el contagio de la actitud pensante y cuestionadora, así como el cultivo de un modelo de formación académica que provea las herramientas de la crítica y promueva el hábito de la indagación.

Ciertamente parece poco. Pero existe una diferencia decisiva entre dos modalidades contrastantes de sociedad: una, cuyo sector de trabajadores intelectuales se encuentra hegemonizado por creyentes, ávidos de certezas y de manuales de corrección; y otra, en la que este mismo sector está en buena parte constituido por hombres y mujeres pensantes, acostumbrados a sustentar analíticamente sus propuestas y a dar asentimientos circunscritos, condicionados y provisorios.

No es misión primordial del filósofo ejercer de profeta, vender utopías, proponer soluciones definitivas, reparar el mundo o la sociedad, convocar a los buenos contra los malos. Esta visión heroica de la profesión fracasó, ahogada en un mar de sangre que ella contribuyó a derramar. El siglo XX fue pródigo en este tipo de posiciones, y el resultado fueron las mayores matanzas y atrocidades que conoce el calendario deambular del *sapiens sapiens*.

Como todo ser humano, el filósofo cuenta con opiniones y tiene el derecho de afirmarlas, compartirlas y difundirlas. Pero lo que no cabe es que abuse —por decirlo de alguna manera— de su prestigio corporativo, hablando como si a través suyo se expresara el espíritu del mundo, la necesidad histórica o la ley que gobierna el curso de los acontecimientos. Nada en el utillaje conceptual de la filosofía autoriza tan extremadas y demenciales pretensiones. Además, aunque semejantes planteos han pretendido a menudo servir a la emancipación humana, invariablemente su efecto ha sido engendrar nuevas cadenas mentales, instigar odios abstractos, colmar de arrogancia a sus seguidores, y, lo más criminal de todo, llevarles a practicar la agresión y la crueldad con la más absoluta buena conciencia.

El aporte del filosofar no va por esa ruta. No es grandioso y solemne. En los casos mencionados estamos ante los desatinos de la filosofía, no ante su ejercicio más propio y productivo. Lo que corresponde al filósofo es pensar: lo que no se ha pensado, lo que se dejó de pensar, lo que puede pensarse de otra manera. Y además, invitar a pensar, estimular el pensamiento, provocar interrogantes, quebrar certidumbres, inducir dudas que si se resuelven, bien, y si no se resuelven, mejor; entrenar en el análisis y la indagación; preparar y disciplinar, al menos al sector intelectual de la sociedad, para que practique el examen concienzudo en vez de la adhesión ardorosa y ciega.

Más que decirle a los demás qué tienen que pensar y adónde tienen que llegar, corresponde al filósofo contribuir a preparar a la gente para que tome decisiones reflexivamente, con acopio de conocimientos, cálculo de riesgos, claridad de prioridades, conciencia de sus posibilidades.

En definitiva, el filósofo no es el portador de la buena nueva. Le corresponde, más bien, contribuir a capacitar a la gente para que pueda discernir por sí sola cuán buena es en realidad la nueva.

Ha de recordarse que vivimos hoy en el mundo de la propaganda y la publicidad, en un mundo en el que el lenguaje de la seducción ha conocido un desarrollo fabuloso... perversamente fácil ser llevado, en medio de sonrisas y amabilidades, a volver contra uno mismo sus inclinaciones más naturales, sus mejores intenciones, sus gustos más inocentes; pues cada uno ha sido conver-

tido, en relación consigo mismo, en el mejor agente de las formaciones objetivas de poder. En tal sentido, cabe decir que ahora estar a solas consigo mismo, no es sinónimo de no correr peligro. Porque, ¿quién me defiende del enemigo más insidioso? De mi imaginación secuestrada, de mi espontaneidad prefabricada, de mi identidad infundida.

En un contexto así, ¿le queda a la filosofía otro remedio más que ejercer de *aguafiestas*? Es decir, irrumpir en el mundo de las promesas de maravillas y del augurio de la eterna felicidad para pillar incongruencias, detectar grietas en su tejido, sorprender lapsus, descubrir reticencias delatorias que enseñen a advertir las trampas que el camuflaje tornaba imperceptibles: la programación subyacente a la promesa de libertad, la jerarquía solapada en el plan de igualdad, la defensa del privilegio en el llamado a la solidaridad, el imperativo del odio incubado en la prédica del amor, la sinrazón entronizada en el discurso racionante y razonable, la carcoma moral promovida a divisa de respetabilidad...

Antes que ser otro oferente más de jardines del edén y plenitudes, el filósofo debe poner sus capacidades de análisis crítico, su destreza en el manejo de sutilezas y de conceptualizaciones complejas al servicio de la formación de una capacidad colectiva de desmontaje de toda suerte de bellas patrañas, de tantos cantos de sirena, emitidos por tirtos y troyanos.

¿Se trata de dejar a la pobre gente sin ilusiones? En realidad se trata de algo más complejo. En primer lugar, de no arrogarse el derecho de pensar por otros y de llegar con el portafolio lleno de verdades y soluciones del tipo "agregue agua y hiérvese por cinco minutos". La idea consiste en contribuir a empoderar a la gente desde el ángulo específico en que puede dar su óbolo la filosofía.

Plausiblemente, su aporte podría consistir en ayudar al despliegue de lo que podríamos llamar la *ciudadanía intelectual*; esto es, el conjunto de aptitudes que favorecen el buen juicio, la toma de decisiones acertadas, el debate conducente, la capacidad de actuar de manera organizada. Todo esto supone que podamos implementar una recepción activa, crítica y realista de los tantos mensajes salvíficos que, a propósito de casi cualquier asunto, nos invaden a cada instante.

No obstante, las personas así equipadas no tendrían por qué perder sus ilusiones; cabría esperar, eso sí, que tuvieran expectativas más específicas y graduales, pero también mayor probabilidad de llevarlas a la práctica y de ejercer control sobre el proceso de su realización.

El reto de nuestro tiempo consiste en despertar el potencial de la gente; lo cual incluye, en forma señera, el desarrollo de su capacidad de pensar por sí misma; pero también implica que las personas aprendan a identificar y movilizar sus propios recursos, y a resolver sus dificultades mediante la acción mancomunada. Respecto de todos estos objetivos la filosofía puede, de múltiples modos, apoyar los esfuerzos por construir la ciudadanía intelectual. La epistemología, la ética, la lógica, la estética, la filosofía política, la filosofía del lenguaje e, incluso, la ontología cuentan en sus acervos con valiosos recursos conceptuales y experiencias acumuladas que podrían contribuir al logro de esos designios.

Pero para ello hay que tener clara la condición fundamental. No se trata —en este caso menos que en ningún otro— de dar, obsequiar, resolver, complacer, saciar, hacerse cargo, asumir la representación, hablar por los que no tienen voz. En primer lugar, porque sólo hay una manera de pensar: en primera persona. Por eso, o se piensa por uno mismo o no se piensa en absoluto; en esta materia quien siembra delegaciones cosecha suplantaciones. Y en segundo término, porque son demasiadas las veces en que los buenos samaritanos acaban por *robarse el mandado* o por imponer sus criterios a los presuntos beneficiados; demasiadas las veces en que la

ayuda resulta contraproducente, generando dependencias perniciosas e ineptitudes provocadas. Si la meta es *empoderar*, producir iguales y no supeditados, la ayuda sólo puede consistir en *capacitar*. Otras formas de intervención sólo serían lícitas en casos especiales y, ojalá, por períodos cortos.



Una inusual –y sin embargo esperada– ceremonia de matrimonio civil tuvo lugar en Londres el 21 de abril de 1851. Antes de comenzar, el maduro novio, un prestigioso y sobrio intelectual, declaró que esta era una unión “entre iguales” y que renunciaba a los “poderes odiosos” que la ley otorgaba al marido.

La relación entre ambos era de dominio público desde hacía veinte años, como también lo era que ninguno de los dos, John Stuart Mill (1806-1873) y Harriet Taylor (1807-1858), aprobaba la institución matrimonial. Para él, en nueve de cada diez casos empeoraba la condición de quienes lo contraían. Por su parte, Taylor solía comparar el voto de fidelidad conyugal con la entrega absoluta e irrevocable de una monja quien, cuando toma los hábitos, desconoce a ciencia cierta las enormes consecuencias de tal decisión.

Meses después del matrimonio, Taylor publicó, de manera anónima, un sonado artículo sobre los derechos políticos de las mujeres, “Enfranchisement of Women” (“Emancipación de las mujeres”), en la beligerante *Westminster Review*, editada por su reciente esposo. En 1869, casi una década después de la muerte de Harriet, Mill daría a conocer *The Subjection of Women* (*La esclavitud femenina*, 1869), uno de los textos fundadores del feminismo³, el cual incluye varias de las tesis que antes enunció su esposa.

Antes y después de estos textos –y detrás de ellos–, se encuentra una relación que escandalizó a la Inglaterra victoriana y que involucró al pensador británico más destacado del siglo XIX y a la mujer que, si bien publicó poco, participó decididamente en la escritura de sus principales trabajos.

El presente artículo recoge algunos elementos de esta relación y de los escritos que sobreviven como testimonio. Una inusual “historia de amor” que fructificó en una obra crucial para el pensar y actuar feministas.

1. Dos se encuentran

Hijo mayor del filósofo James Mill, John Stuart creció en un hogar donde los estímulos intelectuales eran tan abundantes como escasos los emocionales. Su padre se encargó personalmente de su educación y no lo envió a una escuela. Esto lo privó del contacto con gente de su edad. Según refiere en su *Autobiography* (*Autobiografía*, 1874), a los tres años leía griego, y a los ocho, latín. Al llegar a la adolescencia, conocía lo viejo y lo nuevo en economía, filosofía, historia, lógica, política y psicología.

Desde la adolescencia, John Stuart participó en todo tipo de discusiones. Reclamó nuevos derechos y libertades, siempre de acuerdo con un ideario utilitarista (*la mayor felicidad para el mayor número*), matizado por el socialismo saintsimoniano. Sin embargo, la actividad política era apenas un bálsamo para las continuas depresiones, pues la rigurosa formación también propició un carácter melancólico.

Luego de la más grave de esas depresiones, en el otoño de 1826, cuando fue incapaz de “experimentar sentimientos alegres o placenteros de ningún tipo” (Mill, 1986:141), John Stuart Mill comenzó a valorar el cultivo de los sentimientos. Sin abandonar la base de la doctrina utilitarista, se distanció de sus maestros, Jeremy Bentham y de su propio padre, para quienes la felicidad era una cuestión cuantificable y fría, e incorporó al concepto calor y color, otorgando una importancia mayúscula a los componentes afectivos de las relaciones humanas.

Poco después, en 1830, Mill visitó la casa de John Taylor, un acaudalado comerciante quien compartía con su esposa Harriet las mismas ideas políticas, entonces denominadas ‘radicales’⁴. La atracción entre los dos fue inmediata. Según relata Carlos Mellizo, Mill quedó impactado por la inteligencia y belleza de la señora Taylor⁵. Por su parte, a Harriet le sorprendió que, por primera vez, un hombre le hablase como “igual” intelectual, y que incluso le pidiese que revisara los borradores de su nuevo libro.

John Stuart y Harriet comenzaron a encontrarse con frecuencia, si bien muy pronto renunciaron a hacerlo en casa de los Taylor. La censura pública y la presión del marido llevaron a que el matrimonio se separase durante seis meses en 1833; en ese período, el filósofo se encontró con ella en París, donde no los alcanzaba la prohibición social.

Finalmente, ella atendió los ruegos del esposo; regresó a casa con la condición de conservar la amistad de Mill. Durante alrededor de dos décadas, ella vivió en una propiedad de los Taylor, en el campo, y solo esporádicamente se reunía con su cónyuge. En 1836, Harriet



Pasión entre iguales¹

RESUMEN: Detrás de *The Subjection of Women* (*La esclavitud femenina*, 1869), de John Stuart Mill, un libro vital en el surgimiento del movimiento y el pensamiento feminista, encontramos la historia de dos personas que se amaron como iguales.



Bértold Salas Murillo²

y su hija Helen emprendieron un viaje a Italia, en el que fueron acompañadas por John Stuart. Comenzó entonces la estrecha relación entre el filósofo y la hija menor de los Taylor. Según afirmaban e insistió Mill en su *Autobiografía*, el vínculo siempre se mantuvo en el terreno platónico, principalmente por respeto al esposo de Harriet.

En 1849 y tras una prolongada agonía, Taylor murió a consecuencia de un cáncer. Harriet lo acompañó durante los meses de agonía y solicitó a Mill que respetasen un duelo de dos años. Tras este período, se casaron.

2. El breve matrimonio

La unión duró apenas siete años: casi simultáneamente, a ambos les diagnosticaron tuberculosis. Huyendo del frío londinense, visitaban el sur de Francia. Entonces se escriben los principales textos atribuidos a Mill y en cuya redacción ella tuvo un papel fundamental.

También es producto de este período el breve *Diario*, de John Stuart Mill, escrito entre el 8 de enero y el 15 de abril de 1854. En este, es evidente la dependencia del filósofo hacia Harriet Taylor, y la preocupación por el agravamiento de su enfermedad.

Junto con la *Autobiografía*, este *Diario* resulta la principal fuente para rastrear la influencia de Harriet en la evolución vital y filosófica de Mill. Según llega a afirmar, es apenas un limitado intérprete de las ideas de su esposa. En este sentido, estudiosos como Dalmacio Negro Pavón han señalado que Mill siempre exagera cuando habla de Harriet Taylor (Negro Pavón, en Mill, 1979:XXXIX). Que sea una exageración, es difícil asegurarlo, pero lo cierto es que ella es idealizada, hasta el punto de que es descrita, por un declarado agnóstico como John Stuart, como destinada “a habitar en algún cielo remoto” (Mill, 1996:32).

Características reales, o distorsionadas por quien ve a través de los nublados lentes del amor, la “Harriet Taylor” que es presentada por John Stuart Mill es pertinente como ejemplo de la mujer o el hombre que son necesarios para conseguir la transformación de la sociedad. Este es un individuo e inconformista, como Harriet, para quien “el autoperfeccionamiento y la mejora progresiva en el más alto y en todos los sentidos de esas palabras, era una ley de su naturaleza” (Mill, 1986:183).

Como una confirmación de la importancia que el pensador utilitarista brindaba a los sentimientos, este asegura que Harriet asumía las grandes causas no como deberes aprendidos, sino porque a través de su corazón

llegaba a identificarse “hasta el fondo con los sentimientos de los otros” (Mill, 1986:185). En el mismo sentido, recuerda el trabajo conjunto de escritura, en el que “lo abstracto y puramente científico solía ser mío; el elemento más propiamente humano provenía de ella” (Mill, 1986:237).

El más conocido de los ensayos de este matrimonio es *On Liberty* (*Sobre la libertad*), el cual fue escrito, revisado y corregido durante una década y que ambos deseaban publicar en 1859. Así ocurrió finalmente, pero tras la muerte de Harriet: una infección pulmonar le arrebató la vida cuando ambos pasaban por Aviñón el 3 de noviembre de 1858.

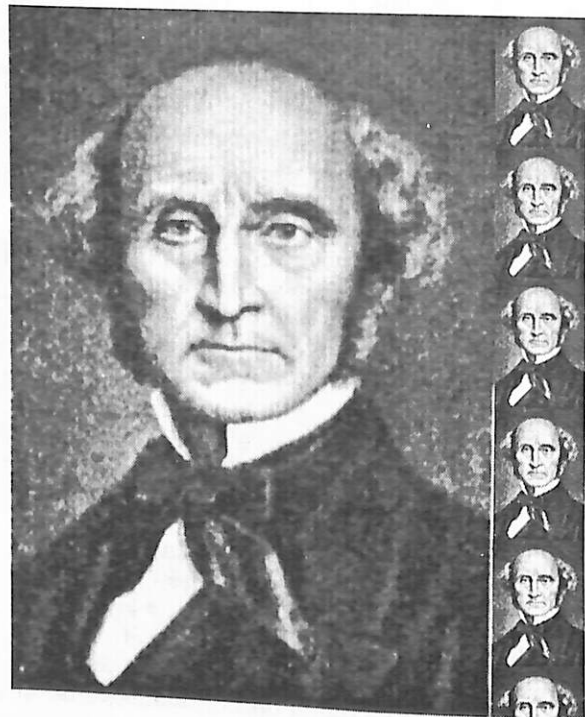
Durante la siguiente década, en diferentes ensayos, Mill reunió sus ideas con respecto al gobierno representativo (*Considerations on Representative Government*, 1861), el utilitarismo (*Utilitarianism*, 1863) y la religión (*Three Essays on Religion*, aparecido póstumamente en 1874). Como contraparte y soporte emocional e intelectual, el lugar que antes ocupaba Harriet lo desempeñaba ahora Helen, activista del sufragio femenino.

Una de las publicaciones de este último período de la vida de Mill es la mencionada *La esclavitud femenina*. Este es un escrito con vocación polémica, que equiparaba la situación de la mujer con la esclavitud y que parece dirigido, principalmente, a la mujer de clase media (Gamble, 1999:273).

Antes de repasar los contenidos de esta obra, hay que recordar que en su breve trayectoria en la política, Mill había sido consecuente con esta proposición. Como diputado en el Parlamento Inglés entre 1865 y 1868, elevó la primera petición a favor del voto femenino. En este mismo período, solicitó cambiar la palabra *Man* por *Person*, en un proyecto de reforma electoral. Ambas iniciativas fracasaron, y fueron objeto de burla en la prensa⁶. En su *Autobiografía*, Mill recuerda este episodio de manera optimista, por decirlo de alguna manera: aunque sus propuestas fueron rechazadas, recibieron una considerable cantidad de votos a favor (Mill, 1986:281). Además, menciona con orgullo la labor proselitista de su “hija” Helen Taylor⁷.

Apunta Ana de Miguel que el opúsculo es una invitación a discutir y se enmarca dentro del utilitarismo *milleano*, pues recurre a nociones como felicidad, justicia y libertad (Miguel, 1994:53). Lo guía el mismo afán de reformador social de sus otros escritos y de su actividad pública y expone sobre diferentes temas con un tono persuasivo.

En las primeras páginas de *La esclavitud femenina*, Mill asocia las instituciones patriarcales con el pasado. Esto porque es una característica de la modernidad que el destino de las personas no esté prefijado desde su nacimiento (riqueza, estudios, trabajos), y que dependa de sus libres juicio y acción. Evidentemente, la condi-



ción social y política de la mujer era una excepción a esta regla en la Inglaterra de segunda mitad del siglo XIX. Con rotundas palabras, Mill afirma:

"Creo que las relaciones sociales entre ambos sexos —aquellas que hacen depender a un sexo del otro en nombre de la ley— son malas en sí mismas y forman hoy uno de los principales obstáculos para el progreso de la humanidad" (Mill, 1965:365).

Mill reconoce la difícil tarea que es denunciar las instituciones patriarcales, pues se sostienen sobre el interés: ¿quién va a renunciar a sus más originarios privilegios? Al mismo tiempo que perjudican a la mitad de la humanidad, el Patriarcado "beneficia"—este término será después relativizado y anulado—, a la otra parte. Por más argumentos racionales que han sido brindados, los prejuicios continúan ganando en estabilidad, pues están "en la masa de la sangre" (Mill, 1965:367).

El pensador inglés menciona los terrenos vedados para la mujer: educación, una parte importante de las opciones de trabajo no proletarizado, actividad política. Estas normas invaden también el ámbito privado, al reglamentar "su régimen de casi total sumisión a la otra parte contratante del casi único contrato que se les permite firmar: el matrimonio" (Miguel, 1994:54).

Pero el sometimiento de la mujer es diferente a cualquier otro. En la relación entre el amo y el esclavo, el primero solo pide servicios u obediencia; entre el hombre y la mujer, los sentimientos son un ingrediente de la amarga receta:

"Los hombres no se contentan con la obediencia de la mujer: se abogan un derecho posesorio absoluto sobre sus sentimientos. Todos (a excepción de los más brutales) quieren tener en la mujer con quien cohabitan no solamente una esclava, sino también una odalisca complaciente y amorosa: por eso no omiten nada de lo que puede contribuir al envilecimiento del espíritu y a la gentileza del cuerpo femenino" (Mill, 1965:377).

La esclavitud femenina atribuye el origen de esta sujeción a la superioridad de la fuerza muscular masculina: un acto de violencia que se transformó en legalidad: "Lo que en los comienzos no era más que un hecho brutal, un abuso inicuo, llega a ser derecho legal, garantizado por la sociedad, apoyado y protegido por las fuerzas sociales, que sustituyeron a las luchas sin orden ni freno de la fuerza física" (Mill, 1965:368).

Asimismo, Mill objeta cualquier caracterización de la mujer mientras no se modifique su educación y no exista una relación de iguales: "...no es posible saber hoy qué es natural y qué artificial en las diferencias mentales que actualmente se notan entre el hombre y la mujer" (Mill, 1965:425). Mientras no cambien estas condiciones:

"No hay medio de averiguar lo que un individuo es capaz de hacer sino dejándole que pruebe, y el individuo no puede ser reemplazado por otro individuo en lo que toca a resolver sobre la propia vida, el propio destino y la felicidad propia" (Mill, 1965:388).

Según describe, la educación femenina en el siglo XIX enseñaba a la mujer que "no tiene deberes que cumplir sino con su familia, y especialmente con los individuos varones, y que los únicos intereses a que debe sacrificarse son los del padre, del marido, del hermano, del hijo" (Mill, 1965:434). De esta manera, se le aleja de los grandes intereses colectivos y los altos fines de la moral.

3. Buena igualdad

Mill universaliza la naturaleza humana, y razona: si tanto hombres como mujeres son parte de la humanidad, poseen el mismo derecho inalienable a la felicidad (Miguel, 1994:61). Encadenando argumentos, agrega que la felicidad requiere de autonomía y libertad, y que a su vez estas exigen la igualdad.

Mill es un utilitarista y positivista, así que esgrime razones, pruebas y cálculos. Su argumentación enumera las ventajas que vendrían para la sociedad con la igualdad entre hombres y mujeres. Para comenzar, menciona la moralización de la sociedad, pues no pueden desaprovecharse las virtudes que la mujer ha mostrado, incluso con su actual educación⁸.

El pensador inglés apela a situaciones que la mayoría identifica y repudia. Señala que la interiorización de la prepotencia y la desigualdad comienza en la

infancia, cuando los niños son testigos de la disparada relación entre padre y madre:

"Si la familia es, como suele decirse, una escuela de simpatía, de ternura, de afectuoso olvido de sí mismo es también, con mayor frecuencia para el jefe, una escuela de obstinación, de arrogancia, de un desafío sin límites, de un egoísmo refinado e idealizado, es que hasta el sacrificio es egoísta, puesto que el hombre no toma interés por su mujer y sus hijos sino porque forman parte de su propiedad, puesto que a sus menores caprichos sacrifica la felicidad ajena" (Mill, 1965:397).

Por el contrario, una situación igualitaria en el seno familiar contribuye al aprendizaje e interiorización de la igualdad y la libertad.

Con la incorporación de la mujer a un mundo de oportunidades como el que goza el hombre, ganará la humanidad: "...se duplicará la cifra actual de las personas que trabajan en bien de la especie humana" (Mill, 1965:440), en tareas fundamentales como la enseñanza pública y todo ramo de los negocios públicos o sociales. Citando la "experiencia propia", asegura que seguramente fueron frecuentes "las ideas originales que, dadas a luz por escritores del sexo masculino, pertenecen realmente a una mujer que se las sugirió" (Mill, 1965:428)⁹.

Mill procura convencer a los hombres al asegurar que una relación de pareja entre iguales es cualitativamente superior, y por tanto más feliz, que la que existía entonces, cuando el varón se imponía sobre la mujer.

Insiste sobre este punto: la relación entre iguales es la preferible. También el hombre sufre la desigualdad, pues la sociedad se estimula y embravece sus "inclinaciones amoratorias", pero "no prepara la felicidad conyugal, al exagerar, por diferencia de educación, las que naturalmente pueden resultar de la diferencia de sexo" (Mill, 1965:448). También ocurre que en una relación desigual, la compañía del "inferior" rebaja, de manera que "...cuando uno de los esposos es inferior al otro en capacidad mental y en educación, y el superior no trata de elevar hasta sí al compañero, la influencia total de la unión íntima es funesta al desarrollo del superior" (Mill, 1965:450). Esta descripción recuerda dos uniones que Mill conoció de cerca: la de los Taylor y la de sus padres.

Un poco antes en *The Subjection of Women*, ha brindado una descripción que uena sospechosamente semejante a la que destina al matrimonio Taylor en su *Autobiografía*; explica que:

"A menudo existe entre esposa y esposo unidad completa de sentimientos y comunidad de puntos de vista en cuanto a las cosas exteriores, y, sin embargo, en cuanto a las ideas íntimas y profundas, no se entienden ni como amigos; son dos conocidos, dos extraños. Aún cuando les una verdadero afecto, la autoridad por una parte y la subordinación por otra impiden que florezca la confianza" (Mill, 1965:386).

4. Recuento, y despedida

La esclavitud femenina persigue condiciones políticas que fueron conquistadas durante el siguiente siglo, el XX. Sin embargo, también describe con dureza la cotidianidad matrimonial, más allá de la ley: la violencia intrafamiliar, física y psicológica, y la complicidad de muchas mujeres en la perpetuación de esas prácticas.

Puede objetarse que, aunque Mill reconoce la capacidad de la mujer para ejercer cualquier profesión, objeta lo que hoy conocemos como "doble jornada" y defiende la permanencia de la mujer en el hogar. Por otra parte, nada dice sobre el divorcio. Sin embargo, como ha sido apuntado, este ensayo fue muy "útil"—como quería su autor— para remover conciencias.

También es el mejor tributo a la mujer que tanto amó. Poco antes de morir, Mill publicó la muchas veces mencionada *Autobiografía*, un texto sobrio y apasionante sobre "una vida sin acontecimientos". Es un largo homenaje a Harriet, a quien describe como algo más que su musa: como la persona que lo transformó intelectualmente y cuya sabiduría y nobleza quiso interpretar adecuadamente en sus escritos. Como apunta en su *Diario*: "escribo para ella, cuando no escribo desde ella" (Mill, 1996:33).

Tras la muerte de Harriet, Mill pasaba largas temporadas en Aviñón, junto a su tumba. Por supuesto, allí murió y fue enterrado, el 7 de mayo de 1873.

Bibliografía

- GAMBLE, S. (1999). *Critical Dictionary of Feminism and Postfeminism*. New York: Routledge.
- GUISÁN, E. (1992). "Utilitarismo", en Camps, V.; Guariglia, O. y Salmerón, F. *Concepciones de ética*. Madrid: Trotta.
- GUISÁN, Esperanza (1989). "El utilitarismo", en Camps, V. *Historia de la ética*. Tomo 2. Barcelona: Crítica-Grijalbo.
- GUISÁN, Esperanza (1993). *Ética sin religión*. Madrid: Alianza.
- GUISÁN, Esperanza (1995). *Introducción a la ética*. Madrid: Cátedra.
- MIGUEL, A. de (1994). "Deconstruyendo la ideología patriarcal: Un análisis de 'La sujeción de la mujer'", en Amorós, C. *Historia de la Teoría Feminista*. Universidad Complutense de Madrid.
- MILL, J. S. (1986, original 1873). *Autobiografía*. Traducción de Carlos Mellizo. Madrid: Alianza.
- MILL, J. S. (1979; originales de diferentes fechas). *Capítulos sobre el socialismo y otros ensayos*. Traducción de Dalmacio Negro Pavón. Madrid: Aguilar.
- MILL, J. S. (1965). *De la libertad. Del gobierno representativo. La esclavitud femenina*. Madrid: Tecnos.
- MILL, J. S. (1996). *Diario*. Madrid: Alianza Cien.
- MILL, J. S. (2002, original 1863). *Utilitarismo*. Traducción de Esperanza Guisán. Madrid: Alianza.

Notas

¹ Una primera versión de este artículo apareció en *Áncora*, suplemento cultural del diario *La Nación*, el 13 de enero del 2008.

² Licenciado en Ciencias de la Comunicación Colectiva con énfasis en Periodismo (Universidad de Costa Rica, 2004). Egresado de la Maestría en Filosofía, prepara su tesis sobre las éticas eudemonistas, incluida la propuesta utilitarista de John Stuart Mill.

³ Ana de Miguel afirma que *The Subjection of Women* fue la "biblia de las feministas" del siglo XIX. Recuerda que inmediatamente a su aparición en Inglaterra, fue publicado en Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. Ese mismo año, aparecieron traducciones en Francia, Alemania, Austria, Suecia y Dinamarca. Un año después, fue editado en polaco e italiano, y se conservan testimonios de su lectura en Rusia (Miguel, 1994:51).

⁴ Harriet Hardy y John Taylor se habían casado apenas cuatro años antes. Según refiere Mellizo, el matrimonio parecía feliz y fructificó en tres hijos. Sin embargo, en sus cuadernos y breves poemas, se descubre una Harriet infeliz por una existencia monótona (Mellizo, en Mill, 1986:10).

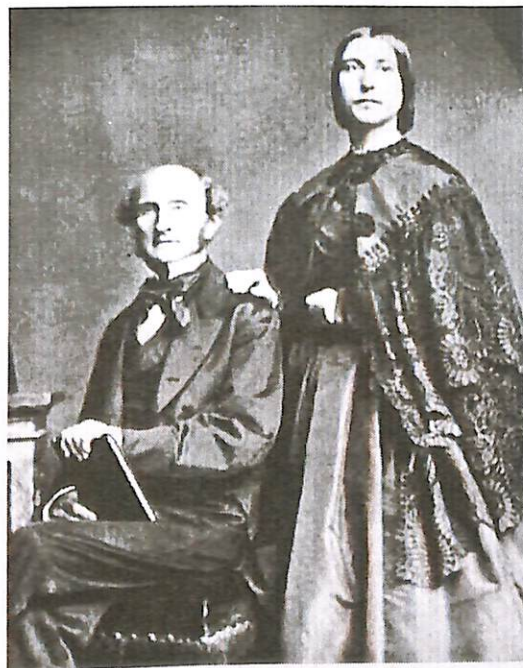
⁵ El historiador y escritor satírico Thomas Carlyle (1795-1881), cuenta que Harriet era "pálida, apasionada, de mirada triste: vivo ejemplo de una heroína de novelas de amor" (citado por Mellizo, en Mill, 1986:10). Evidentemente, estos adjetivos respiran la atmósfera romántica de la primera mitad del siglo XIX.

⁶ Ana de Miguel destaca que un pensador con tanta influencia sobre Mill como Auguste Comte, intentó disuadirlo sin éxito de su postura etológica y feminista. Para el francés, la ciencia confirmaba que las mujeres, como los niños, eran incapaces de razonamientos complejos o de trascender el interés privado en beneficio del público. Asimismo, reconocía que también pasó por una "fase" feminista, a raíz de la lectura de la obra *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft. Sin embargo, fue solo una engañosa y pasajera etapa (Miguel, 1994:58).

⁷ También el *Diario* registra un precedente para la esclavitud femenina, en las anotaciones del 25 de marzo: "Como probablemente no tenga oportunidad de escribir por extenso mis ideas sobre éste y otros asuntos, me urge dejar por escrita, siquiera sea en este lugar, mi meditada opinión de que no debe esperarse una gran mejora en el género humano mientras el instinto animal del sexo ocupe el absurdamente desproporcionado lugar que ahora ocupa; y que para corregir este mal se requieren dos cosas, ambas también deseables por otras razones: la primera, que las mujeres dejen de ser discriminadas en lo que a esta función se refiere, y sean admitidas en todos los demás deberes y ocupaciones en un régimen de igualdad con los hombres; y la segunda, que lo que las personas hagan libremente con sus relaciones sexuales sea considerado un asunto sin importancia y meramente privado, que a nadie debe interesar excepto a ellas" (Mill, 1996:51).

⁸ Sobre el papel de la mujer en los asuntos públicos: "Su influencia se manifiesta de realce en dos rasgos de los más admirables y simpáticos de la vida moderna en Europa: la aversión a la guerra y el amor a la filantropía" (Mill, 1965:444).

⁹ La anotación de su *Diario*, el 22 de marzo: "...la literatura escrita por mujeres es más reciente que la de los hombres. Al haber escrito los hombres, y bien, mucho antes que las mujeres escribieran nada, las mujeres, como es natural, siguieron al principio los viejos caminos que los hombres habían abierto, adoptando las opiniones de los hombres y las formas de arte de los hombres. Pero antes de que se tome esto como una falta de originalidad, debería saberse cuántos de los pensamientos más originales de los escritores de sexo masculino llegaron a ellos por sugerencia y estímulo de una mujer" (Mill, 1996:49).





Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 2277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL

Lic. Mayela Cascante Fonseca
Decana, Centro de Estudios Generales
Lic. Rafael Zamora Brenes
Vicedecano, Centro de Estudios Generales
Dra. Zaida Fonseca Herrera
Lic. Enrique Mata
Lic. Maribel León Fernández
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz
Académico y escritor, Presidente de la Comisión Editorial

ARTES FINALES

Víctor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de Tópicos del Humanismo hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

El humanismo es necesario en estos tiempos de crisis. Destaca en este sentido el ensayo sobre feminismo que aquí presentamos. Sus enfoques son un esfuerzo para delimitar la política y los derechos, la igualdad y la desigualdad, la igualdad y la libertad, los valores y la sociedad. En este aspecto la sociedad decimonónica, el patriarcado y las luchas por la emancipación femenina. Las luchas sociales que son impelidas por los fanatismos y los detentores de poder es algo que tiene historia, la lucha que aquí se analiza es determinar un movimiento y lo que constituye un pensar feminista. Es, si se permite, adecuar la desigualdad, el desafecto, los intereses, los valores al cuerpo y alma femeninos. Su pensamiento es parte del humanismo. Las ideas políticas de las mujeres son parte de la idea de la libertad que ya está inserta en la historia, se suman así los derechos en los intereses colectivos.

En otra parte se presenta un trabajo sobre la filosofía que es importante para el lector que se inicia en esta materia y que cuestiona la misma materia o su naturaleza. ¿Qué es la filosofía hoy? Lo que corresponde al pensar, el individuo toma aquí una perspectiva nueva e importante. Es capaz el lector de crear nuevos instrumentos con el pensar (en occidente) para desarrollar un enfoque genuino en la tarea de crear pensamiento, y actitud o posibilidad de contribuir a pensar mejor, con calidad, con conocimiento verdadero o fundado en principios básicos en la sociedad en que le toca vivir. También para mejorar la enseñanza en donde esta es requisito para la formación de los jóvenes. Es una cuestión didáctica que interesa a los que explican esta disciplina. Estas ideas pueden vincularse con los enfoques que actualmente se realizan en torno a las crisis del humanismo. Vinculados estos aspectos pues la filosofía y el humanismo son necesarios en los paradigmas de la educación, para el mejoramiento de programas y el mayor acceso de aprendizaje en los jóvenes estudiantes.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor



Créditos: Portada: "Desesperante ausencia", Sabrina Hurtado Guevara, 2009. • Contraportada: "Árbol", de una edición de Pablo Nájera, Barcelona, 2005.